

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.—Un número suelto un real.



El momento era crítico, era preciso presentarse. (Pág. 194, col. 1).

SUMARIO.

- VIAJES: UNA CAZA INDIA EN EL FAR-WEST, por H. Revoil.
- EL PAGE FLOR DE MAYO, por M. Ponson du Terrail.
- BRAZO CORTADO, por A. Garreau.
- FÓRMULAS: Modo de conservar los huevos frescos.—Modo de destruir las hormigas.—Tinta de que se sirven los ingleses en sustitución de la de China.—Pomada roja para los labios ó sea tópicos labial de Mr. R. S.

VIAJES.

UNA CAZA INDIA EN EL FAR-WEST.

POR H. REVOIL.

(Continuacion).

Continuando nuestra excursion en rededor del peñasco, llegamos á la vista del campamento cuyas tiendas, que habiamos dejado en pié dos horas antes, estaban en el suelo, dobladas y dispuestas para trasladarlas; los caballos relinchaban, los perros ladraban y hombres y mujeres se agitaban en todas direcciones. Nos alarmó de tal modo esta novedad que aceleramos el paso para saber la causa, y luego que nos vieron bajando por los agudos peñascos que conducian á la orilla del canal de que he hablado antes, nos hicieron señas para que nos diéramos prisa, y Mead y Delmot, que se habian quedado en el campamento por pe-

reza ó por cansancio, vinieron á nuestro encuentro con el rostro radiante de alegría y gritando:

—Venid, venid pronto! solo á vosotros esperamos.

—¿Qué sucede? preguntamos los tres á un tiempo.

—¡Los bisontes! ¿veis allá en el horizonte, al otro lado del canal, aquella masa negra y compacta que parece avanzar como una nube preñada de agua, rayos y relámpagos? Pues son los bisontes.

En efecto, en cuanto podia abarcar la vista en lontananza hacia el norte se veian bueyes silvestres que pacian pacíficamente la yerba rizada de la pradera y cortaban á veces las verdosas ramas de los algodoneros.

La vista de todos aquellos animales, que ascendian á cinco ó seis mil, nos hacia sentir una alegría que rayaba en asombro, pues nunca habiamos visto bueyes mas que en estado doméstico y en rebaños de doscientas ó trescientas cabezas todo lo mas, de modo que ardíamos en deseos de partir en el acto é ir á atacar á los bisontes; y únicamente amainaron nuestra impetuosidad las palabras graves y sentenciosas de Rahm-o-j-or, traducidas por nuestro intérprete Duquesne.

—Sois muy fáciles en dejaros arrastrar por vuestro deseo, dijo, y debeis aprender la paciencia que hace triunfar y las astucias que vuestros hermanos del desierto pueden ense-

ñaros para cazar el bison. Hé aquí lo que he resuelto: vamos á ponernos en camino divididos en dos cuadrillas; unos se adelantarán hacia el occidente, y otros se dirigirán hacia el norte por la orilla del arroyo para sorprender á los cuadrúpedos contra el viento y cercarlos en seguida. Este es el único medio de tener buen éxito en la caza, y de que logreis antes de dos horas el placer de hallaros frente á frente de los bisontes.

Apenas Rahm-o-j-or acabó de hablar, montó de un salto en su caballo negro, noble animal cuya obediencia era tanta que una palabra de su ginete producía mas efecto que el bocado y las espuelas.

Al ver á este guerrero, con los hombros apenas cubiertos con una piel de pantera, las piernas envueltas en leggings, sus piés en borceguies, la cabeza medio velada por cabellos erizados, armado únicamente de un carcaj lleno de flechas y de un arco corto y flexible, se le hubiera creído el mismo Nemrod, cual lo retrata el Génesis.

Nos dió la señal de partir, despues de recomendarnos que guardásemos el mayor silencio, y habiéndonos colocado en medio de los Sioux que tomaban parte en la caza, avanzamos en buen orden siguiendo á Rahm-o-j-or, que nos habia designado un puesto de honor á sus lados. Señaló con un ademán á los que habian de marchar hacia el oeste el camino mas recto, y empezando á andar de pronto,

arrastró en pos á todos los cazadores animados como él de un ardor moderado por la ciencia de la caza y el conocimiento de las costumbres de los bisontes.

Forzoso es que sepan mis lectores que los innumerables rebaños que pacen en las verdosas praderas americanas están continuamente alerta, pues los indios les hacen una caza tan frecuente, y los coyotes, especie de lobo-cerval osado y temible, los atacan con tal encarnizamiento, que cada animal presente el peligro con un instinto especial. Los bisontes que están en torno del grueso de la manada (y son casi siempre los mas viejos y experimentados) parecen, al verlos olfatear continuamente el viento y enderezar las orejas, otros tantos centinelas avanzados prontos á dar la señal de alarma á la menor apariencia de un enemigo.

Favorecidos por las sinuosidades del terreno, cuyos senderos mas secretos conocia Rahm-o-j-or, llegamos pronto á dos tiros de fusil del bisonte mas cercano, que era un enorme animal, de peludo testuz y piés ligeros y flexibles como el acero, y que aunque tenia los ojos vueltos hácia nuestro lado, parecia no recelar aun nuestra presencia. La indole del terreno sobre el cual andaban nuestros caballos era poco sonoro y el viento soplabá con tal violencia dándonos de cara, que aquel vigia animado no podia oír los pasos ni percibir la emanación del hombre.

De pronto se oyó un ruido terrible; la enorme manada se habia puesto en movimiento. Nosotros habiamos llegado casi al alcance de los nobles animales sin ser descubiertos, pero los indios que habian tomado la dirección del viento habian sido vistos y olfateados desde lejos, y por una feliz casualidad iba á verificarse por nuestro lado « la retirada de los seis mil. » Nunca el famoso verso del cisne de Mantua,

Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum

habia tenido para mí una armonía tan llena de realidad: el ruido que hacian los bisontes al pisar el suelo á un trote regular, como el de un ejército en marcha, resonaba en los aires y vibraba en nuestros oídos.

Rahm-o-j-or armó su arco, llevando en la mano derecha una flecha de punta acerada, y nosotros examinamos nuestras escopetas y renovamos los pistones.

—Atencion! dijo el jefe á media voz; ya llegó el momento.

Y apenas habia pronunciado estas palabras toda la masa se conmovió con un ruido semejante al estallido de un trueno.

El momento era crítico; era preciso presentarse para obligar á los bisontes á que retrocedieran, y siguiendo los movimientos del jefe sioux, nos lanzamos todos á escape para presentarnos delante del rebaño.

O vosotros, mis hermanos en San Huberto, vuestro santo patron se digne concederos á todos antes de morir un espectáculo igual al que se ofreció á mis ojos cuando llegué á la cima del collado sobre la cual formamos en batalla todos los cazadores! No olvidaré mientras viva lo que vi el 27 de octubre de 1843! Por delante de mí pasaba un torrente formado de animales enormes bramando con desconocida energía y galopando con mas rapidez que un caballo desbocado.

—¡Muerto! ya cayó! gritaban los Sioux con su lenguaje expresivo, y sin embargo uno solo entre toda la tribu, el esforzado Rahm-o-j-or, habia obligado á su caballo á penetrar por en medio de la manada. Sus ojos de águila descubrieron al animal mas enorme, y sus brazos ágiles acribillaban los costados del bisonte con una nube de flechas con una rapidez que rayaba en prodigio. Yo me arrojé en pos de él, y descargué sobre aquel bisonte real los dos tiros de mi escopeta, y aunque las balas penetraron en sus carnes, aun no habia sido herido de muerte. Pero una flecha de Rahm-o-j-or, que pasó al través de la carótida del animal, contuvo su ligero paso, y cayó al suelo como un peñasco desprendido de la falda de un monte con el fragor del alud.

Mientras Rahm-o-j-or cortaba de un solo golpe la vida del gigantesco bisonte, sus súbditos hacian una carnicería continua galopando en todas direcciones por en medio del ater-

rado rebaño; el aspecto de la sangre que brotaba de los costados de los animales aumentaba al parecer su ardimiento, y se oía por todos lados un fuego granado que se mezclaba con el silbido de miles de flechas disparadas por los Sioux que no tenian escopeta. Si hubiera sido posible presenciar con calma este combate y el ardor de los indios, y estudiar con detención todos los pormenores, ¡qué asunto mas admirable para un cuadro ó una descripción hubiese sido para un pintor ó un novelista! Pero lanzado en medio de aquel torbellino compuesto de hombres y animales, no podia mas que ver confusamente, y con la rapidez de un relámpago, los hechos acaecidos á mi lado, y aplaudir un tiro acertado, ó quemar mi pólvora como los demás compañeros de caza. El entusiasmo universal que nos dominaba era ya un bélico furor que cegaba nuestros ojos y casi nos privaba de la razón.

Apenas habia terminado la corrida, que duró cerca de media hora, cuando se oyeron por todas partes gritos frenéticos.

—*The coows!*—las vacas! las vacas! gritaron los Sioux, y lanzados los caballos otra vez en diferente dirección se encontraron á los pocos momentos con otra manada compuesta de cinco á seis mil bisontes que no habian emprendido la fuga al rumor de nuestra primera escaramuza.

En efecto, las vacas están constantemente separadas de los bueyes en las manadas de bisontes, y las primeras constituyen la reserva del ejército. Para llegar hasta ellas es preciso atravesar la falange formada por los bueyes, y en esto estriba el peligro. Puede servirnos de ejemplo la desgracia sucedida á uno de los indios—desgracia muy comun en esta caza—el cual despues de haber caído del caballo, que habia sido herido en el vientre por un bisonte furioso, era pateado por el animal que lanzaba al aire su cuerpo casi inanimado con la misma facilidad que un niño su juguete. Fué precisa la descarga simultánea de tres escopetas para dar fin á aquella doble agonía.

Era prodigiosa la facilidad con que cargaban y disparaban los indios sus fusiles. Solo ponian taco en el primer tiro, y para los demás se contentaban con echar la pólvora, y llevando tres ó cuatro balas en la boca, las ponian con los labios en el cañon, y el plomo humedecido con la saliva se adhería á la pólvora de un modo suficiente.

El segundo *steep-chase* en persecución de las vacas duró unos veinte minutos, y al momento se llamó á retirada con una trompa que tocaba un joven sioux produciendo tres sonidos distintos que repelia rápidamente á cortos intervalos. Este heraldo primitivo obedecia las órdenes de Rahm-o-j-or, y pronto se halló reunida toda la tropa en el centro del campo de batalla, donde se dió principio á contar los muertos. No todos los bisontes habian caído en un mismo sitio; sus cadáveres estaban esparcidos en la línea seguida en su fuga por el rebaño que desaparecía á lo lejos en el horizonte con la rapidez del relámpago.

Segun el informe oficial presentado al jefe sioux habia ciento cuarenta y nueve bisontes tendidos en el suelo, siendo ciento diez y siete los machos y treinta y dos las hembras; estas últimas eran para comer preferibles á los primeros, cuya carne es habitualmente flaca, dura y de sabor poco agradable. La carne de las vacas es por el contrario tan mantecosa como la mejor de nuestras carnicerías, y cuando los animales quedan sin la piel, se halla bajo el cuchillo una capa de grasa de mas de dos pulgadas.

Mis amigos Sears, Simonton y Delmct habian muerto un bisonte cada uno, y Mead y yo solo podiamos pretender á partes de caza. Bonnet, Duquesne y Gemmel habian muerto entre los tres una vaca magnífica que contemplaban con delicia y se ocupaban en desollar cuando nos acercamos á ellos.

La primera ocupación á que se entregaron los indios despues de haber desollado con destreza los animales, consistió en sacar los intestinos y ponerlos aparte como bocados predilectos; despues separaron los trozos de carne donde se veía mayor cantidad de sebo para saborearlos en el mismo dia y dejaron

intactas las piernas y demás partes fáciles de guardar para provisiones.

Terminados todos estos preparativos, se pensó seriamente en la comida, ó mas bien en la orgía con que se celebra siempre en las praderas americanas la caza coronada de buen éxito. Mientras los Sioux se dedicaban á desollar y cortar sus víctimas, las mujeres, que hasta entonces habian estado en el campamento, llegaron al teatro de nuestras hazañas. Cuando estuvieron cortados los bisontes, ellas recogieron en las pieles los trozos escogidos por los cazadores, y los llevaron al campamento precediendo á los vencedores que cerraban la marcha montados en sus caballos que respondian con sus relinchos á los *whoops* guturales de sus ginetes.

«Pronto quedó parada la mesa sobre una alfombra de verdura», y mientras las indias lavaban las tripas de los bisontes en el agua del lago, los hombres cavaban la tierra, y colocaban en los hoyos que hacian un fondo de piedras que cubrian con troncos y ramas encendidas. Cuando las ascuas calentaron suficientemente las piedras, limpiaron este asador de nueva especie, y estando los hoyos preparados como el horno de un panadero, echaron los trozos de carne, que puestos unos sobre otros y cubiertos con piedras calientes y tierra, se cocian poco á poco conservando su grasa y sabor.

Mientras esperaban que el asado estuviera á punto, los Sioux preludiaban las delicias del festín comiéndose la «morcilla», que este es el nombre que se dá en el desierto americano á las entrañas á medio limpiar de los bisontes recientemente muertos. Pronto llamó mi atención y la de mis compañeros la glotonería de dos indios que se habian sentado cara á cara, separados únicamente por un monton de intestinos medio tostados sobre las ascuas y puestos en una piedra que servía de plato. Aquellos intestinos parecian la espiral de una enorme serpiente; cada cual se apoderó de uno de los dos extremos de las tripas, calientes aun, y se las tragaban sin mascar con la misma destreza que se tragaria un plato de macarrones el mas diestro napolitano. Era sumamente curioso ver á los dos salvajes dándose prisa á engullirse aquellos intestinos nauseabundos, empujándolos con los dedos en su gástrate y sin pararse casi mas que para exhortarse mutuamente á no darse tanta prisa. Cuando advertian que el uno ó el otro ganaba mas terreno, se les veía hacer un movimiento de cabeza para arrancar el extremo del intestino medio mascado de la boca del compañero, y darse prisa á tragar otro trozo igual sin perder un solo instante para explicarse una acción tan ridícula como repugnante. Hemos de decir en honor de la verdad que uno y otro competian en hacerse estas bromas, lo cual igualaba la contienda, y el duelo á intestinos solo terminó cuando los dos indios se hallaron nariz con nariz y apretando con los dientes el último bocado de la «morcilla.» Un doble puñetazo, seguido de una simultánea saucida, zanjó entonces la dificultad y dió fin al asinetado episodio.

Estando á punto el asado, nuestro cocinero Duquesne nos sirvió un pedazo de bisonte preparado con arte y succulento hasta el extremo. Despues de quitar la capa carbonizada que cubria el rico asado, nuestros cuchillos y tenedores penetraron en una carne excelente que tenia gusto de venado ó de liebre. La carne del bisonte es tierna y de grato sabor y se digiere fácilmente, y tal vez el aire puro y vivificador de los desiertos ayuda á digerir bien toda clase de alimento, porque debo afirmar como un hecho cierto que se pueden comer impunemente enormes trozos de carne sin temer las desagradables consecuencias de un excesivo apetito. En cuanto á la parte del bisonte que nos sirvieron debo decir que si Grinod de la Regnière y Brillat-Savarni hubieran tenido á su disposición un animal entero de carne tan exquisita como el que Rahm-o-j-or mató con su flecha, como gastrónomos distinguidos hubiesen añadido á sus recetas incomparables un capítulo ensalzando la gloria de un plato superior á cuantos conoce el mundo civilizado.

Cuando llegó la noche y se acabó el banquete, despues de rociar la carne de los bisontes con el «agua de fuego» (*fire water*)

dando alegría y alejando la apatía inherente al carácter de los indios, se presentó á nuestros ojos asombrados un nuevo espectáculo: veíanse numerosas hogueras en la falda del monte, y hombres y mujeres, desnudos y grasientos como si se hubieran sumergido en un baño de aceite, ídaban saltos y cabriolas fantásticas acompañadas de contorsiones desconocidas que nos recordaban los bailes de los negros de la Luisiana. Ningun instrumento excitaba á aquellos energúmenos á la danza; algunas voces roncadas entonaban una melodía monótona que servía de tema á las variaciones moduladas *ad libitum* por alguno de los cantores que formaban el coro. Solo en nuestra tienda resonaba una guitarra, y por mal que se punteasen sus cuerdas, producían sin embargo en los oídos de los Sioux una armonía tan insólita, que aunque instrumento de poco mérito, mereció los honores de la velada. Contaré las peripecias de esta guitarra antes de terminar mi relato; pero hablemos antes de nuestros bisontes.

(Se continuará.)

EL PAJE FLOR-DE-MAYO.

POR M. PONSON DU TERRAIL.

(Continuación.)

La súbita aparición de Flor-de-Mayo calmó algun tanto á los mas furiosos. Entre la multitud no habia ninguno que llevase armas, y el jóven llevaba una espada con la cual daba sendos golpes de plano á derecha é izquierda.

—Salvadme, caballero, salvadme! decía la marquesa sin aliento. Vengo de Chaillot donde voy todas las tardes á hacer mis devociones en el convento de las Ursulinas durante todo el mes de mayo, y regresaba tranquilamente á mi casa cuando esas gentes han detenido á mis conductores pretendiendo que yo era de los amigos del cardenal.

—Y bien, dijo altivamente Flor-de-Mayo cuyos ojos centelleaban y al rededor del cual se habia formado un círculo que se mantenía á cierta distancia por respeto á su espada: ¿aun cuando así fuese?

—Abajo el mazarino! respondió la multitud!

—¿No es el cardenal, prosiguió Flor-de-Mayo, amigo del rey?

—Abajo el mazarino! vociferó una voz detrás del jóven.

Volvióse éste y vió una especie de maton andrajoso, aventurero despilfarrado, y como él ciñendo espada.

El valentón fué derecho á Flor-de-Mayo, y conociendo la multitud que iba en su auxilio, juzgó prudente confiarle su pendencia, y se separó poco á poco, como queriendo dejar á los dos hombres armados el cuidado de decidir si se echaria ó no al agua á la marquesa de Prés-Gilbert.

Flor-de-Mayo le aguardó á pié firme y en guardia, y le dijo friamente:

—¿Qué queréis?

—Quiero, dijo el maton, saber con qué derecho os mezclais en los asuntos del pueblo.

—Perdonad, interrumpió Flor-de-Mayo, ¿á quien tengo el honor de hablar?

—Me llamo Aventurino; he sido capitán en un cuerpo franco de caballería y el cardenal me ha licenciado. Por eso no le quiero ni tampoco á sus amigos.

—Yo, dijo Flor-de-Mayo, soy el caballero de Chastenay, paje del rey, y en nombre de S. M. os mandó que os retiréis.

El poder real estaba en aquella época en toda su fuerza y brillo. La palabra *rey* tenia un poder mágico, y aquella multitud que vociferaba contra el primer ministro, se descubrió respetuosamente, gritó *Viva el rey!* y calló.

—Paso! dijo Flor-de-Mayo.

La multitud continuó retirándose, pero el maton no se movió.

—Pues bien, dijo, os juro que ni vos ni la litera pasareis.

Y desvainando la espada se precipitó sobre Flor-de-Mayo.

—Perdida soy! exclamó la anciana marquesa echándose desvanecida al fondo de la litera

viendo á Flor-de-Mayo y á su adversario cruzando sus aceros.

El combate fué corto y terrible. El maton era un espadachin consumado; pero Flor-de-Mayo defendía á la tia de la que amaba, y Dios ayudó á los enamorados.

La espada del maton rozó el hombro del caballero, y la de éste atravesó el pecho de aquel, tendiéndole á los piés de la litera.

Entonces la multitud, que antes estaba por el maton, declaróse en favor del vencedor, y gritó otra vez: *Viva el rey!* despues cogió la litera llevándola hasta la plaza Real escoltada por Flor-de-Mayo, á quien la marquesa habia alargado la mano con efusion.

Algunos de los mas obstinados permanecían alrededor del maton, que estaba en la agonía y blasfemaba.

Unos pretendían que su herida era mortal, otros querían conducirlo á la casa mas cercana y llamar un cirujano, cuando de repente llegó un hombre corriendo, y atropellando á cuantos encontraba al paso, echóse precipitadamente sobre el moribundo herido.

Este hombre iba vestido á poca diferencia como Aventurino: como éste tenia el acento italiano fuertemente pronunciado, y se le parecia bastante para poder jurar que eran hermanos.

—Corpo di Bacco! exclamó el recién llegado, mi hermano está muerto! ¡Oh! vendetta! vendetta!

Y se inclinó con los ojos inflamados y echando espumarajos de rabia, aplicó su oído á la boca del moribundo y murmuró:

—¿Quién te ha herido? ¿quién es tu asesino?

—Un paje del rey! respondió Aventurino con voz ahogada.

—¿Su nombre? ¿su nombre?

—El caballero de... de... —procuró articular el nombre del caballero, pero arrojando una bocanada de sangre, espiró sin que hubiese salido de sus labios el nombre de Flor-de-Mayo.

El italiano se levantó feroz, silencioso, con ojo salvaje y brillando con un fuego sombrío; no dirigió una sola pregunta á los circunstantes, pero puso la mano sobre el corazón del muerto, y dijo lentamente:

—Duerme en paz, hermano, serás vengado!

Despues, cargando el cadáver sobre sus hombros, se alejó perdiéndose en una de esas callejuelas sombrías que circundan la iglesia de San German l'Auxerrois.

Durante este tiempo Flor-de-Mayo, que escoltaba la litera de la marquesa, llegó á la plaza Real y se detuvo en el umbral de aquella casa donde pocas horas antes habia sido conducido el caballero del Vernais.

Este último acababa de salir de allí cuando llegó la marquesa. El populacho se habia retirado saludando respetuosamente, y Flor-de-Mayo permaneció junto á la marquesa, no sabiendo si debia retirarse tambien, y con deseos de entrar en la casa para ver á la bella canonesa.

—¡Ah! caballero, exclamó la marquesa saliendo de su litera y cogiéndole afectuosamente las manos, nunca olvidaré el servicio que me habeis prestado. Sin vos, estaba perdida.

—Mi conducta es muy sencilla, señora, contestó con modestia Flor-de-Mayo; y respecto al agradecimiento de que me hablais, no me debeis ninguno, pues yo soy deudor de él á M. de Mailly.

—¿Mi sobrino! exclamó la marquesa; ¿le conocéis?

En este momento llegó la canonesa y saludó á Flor-de-Mayo con una sonrisa.

—¿No sois vos, caballero, dijo, á quien mi hermano ha servido de segundo esta mañana, y que habeis herido al caballero del Vernais?

—Sí, señora, contestó Flor-de-Mayo sonrojándose.

—¿Cómo! exclamó la marquesa, ¿conocéis á ese caballero?

—Le he visto cinco minutos esta mañana, junto al lecho del herido.

Y la canonesa se sonrojó ligeramente por esta mentira.

Pero de repente lanzó un grito y palideció. Habia visto algunas gotas de sangre que salpicaban el jubon de Flor-de-Mayo al nacimiento del hombro.

—¡Cielos! murmuró, estais herido!

—¡Oh! no es nada... nada... un rasguño, contestó el adolescente á quien la palidez de la canonesa convirtió en el hombre mas feliz del mundo.

La marquesa se apresuró á dar órdenes. Fué en busca del cirujano y la canonesa condujo á Flor-de-Mayo á su propio oratorio, ayudándole ella misma á quitarse su jubon, y desgarrando su camisa con mano trémula para juzgar de la gravedad de la herida. El jóven estaba loco de ventura, y olvidaba su dolor para no ver mas que la hada encantadora que en aquel momento le prodigaba sus cuidados.

El mismo cirujano que pocas horas antes habia curado al del Vernais, declaró que la herida era una simple desolladura, y que no impediría absolutamente á Flor-de-Mayo servirse de su brazo.

—Sin embargo, dijo la marquesa con tierna insistencia, el descanso no perjudicará á ese caballero. Vamos á mandar que os preparen una habitacion.

—Me es imposible, señora, contestó Flor-de-Mayo sonriendo, detenerme aqui.

Y contó en pocas palabras los acontecimientos de aquel día, es decir, su entrevista con Mazarino, la manera como habia sido acogido por el rey, y la cita que le dió S. M. para las diez de aquella noche en el palacio real; en fin, su contienda con el caballero del Vernais, su duelo, y su intimidad casi espontánea con el vizconde.

—Veo que sois ya casi de la familia, dijo la canonesa que disimulaba su turbacion con una sonrisa. Mi hermano es amigo vuestro, y mi tia y yo os debemos la vida...

—Pero, interrumpió Flor-de-Mayo movido por un secreto sentimiento de celos, si tengo algun derecho á vuestra benevolencia, me parece que lo tengo tambien á vuestro rigor.

—¿Y por qué, buen Dios? exclamó la canonesa.

—¿No he herido al caballero?

—¡Pse! hizo la señorita de Mailly con una adorable muequita de desden; ¿quién le obligaba á provocaros?

—Pero es vuestro... amigo... prosiguió Flor-de-Mayo todavia celoso... ó mas bien lo es el vizconde...

Flor-de-Mayo no se atrevió, delante de la marquesa, á hacer alusion al encuentro de Palaiseau.

Una sonrisa burlona pasó por los labios de la canonesa.

—Es verdad, dijo el jóven, y realmente ignoro el motivo de esta amistad; porque, añadió, el caballero es fatuo, pendenciero, áspero, y no conozco una mirada mas falsa que la suya.

La señorita de Mailly acompañó estas palabras con una mirada que parecia decir á Flor-de-Mayo:

—¿Estais satisfecho? y ¿tendreis todavia celos?

Flor-de-Mayo comprendió esta mirada y estrecheciéndose de alegría.

La canonesa se volvió entonces hácia su tia.

—Ciertamente, añadió, que mi hermano, que tiene en su existencia cosas muy extrañas, no podia tener una mas excéntrica ni extraordinaria que su amistad con el caballero.

—¿Es acaso, aventuróse á preguntar Flor-de-Mayo, un lazo que date de la infancia?

—Nada de eso, no cuenta mas que algunos años: mi hermano encontró al caballero en Italia, poco despues se volvieron á encontrar en París, y aquel pretende que el caballero le prestó un eminente servicio.

Flor-de-Mayo estaba encantado del tono ligeramente irónico de que se servia la canonesa para hablar del caballero. Por desgracia el tiempo trascurría y el momento de ir al palacio real habia llegado.

Flor-de-Mayo puso su jubon y se despidió, no sin haber pedido, sonrojándose, permiso para hacer, de allí á unos días, una visita de agradecimiento á la marquesa. En el momento en que iba á salir del gabinete de la canonesa, díjole esta con cierta turbacion:

—Caballero, ¿ignorais tal vez una costumbre de la corte de Francia?

Flor-de-Mayo la interrogó con una mirada.

—Cuando se entra á servir en clase de paje ó en un regimiento es costumbre que vuestra



Cuando llegó la noche se presentó á nuestros ojos asombrados un nuevo espectáculo. (Págs. 194 y 195, cols 3 y 1).

hermana, vuestra madre, ó, en su defecto, una amiga os regale una dragona para atarla al puño de vuestra espada.

Flor-de-Mayo se estremeció: la canonesa prosiguió:

—Habeis llegado solo á París, y ciertamente ignorais esta costumbre. Mi tia me permitirá pues reparar ese olvido y ofreceros una dragona para vuestra espada que destinaba ayer aun á mi hermano, pero que os pertenece de derecho despues del servicio que nos habeis prestado.

Y la canonesa, abriendo un cajon de una cómoda, sacó un hermoso cordon de seda y oro con dos borlas y lo ató con sus bellas manos á la guarnicion de la espada del jóven bloisense que temblaba de entusiasmo.

Si el amor impone silencio á los mas atrevidos, suelta en cambio la lengua á los mas tímidos, y Flor-de-Mayo, léjos de balbucear un cumplido embrollado, repuso con despejo y sonriendo graciosamente:

—Héteme en la obligacion, señora, de poner á vuestros piés el primer trofeo que conquisté mi espada.

—Acepto, contestó la jóven sonriendo; y señaló con una mirada á Flor-de-Mayo la anciana marquesa que estaba soñolienta en su sillón, y con el dedo un pañuelo de fina batista salpicado de gotas de sangre.

La jóven canonesa habia enjugado gota á gota con aquel pañuelo la sangre que salió de la herida de Flor-de-Mayo mientras que se preparaba el primer vendaje.

El jóven se sintió próximo á desfallecer, y en tanto que la canonesa encerraba el precioso recuerdo, huyó.

Pero uno y otro habian cambiado una suprema mirada, y con esta mirada los dos jóvenes cambiaron al mismo tiempo su corazón.

Flor-de-Mayo se dirigió atravesando calles á la posada de la *Cruz del Trahoir*, vacilante y atolondrado como un hombre á quien la razon abandona; pero luego, volviendo insensiblemente en sí, tomó aquel aire conquistador de los hombres á quienes les sale todo á pedir de boca.

En una hora se verificó una completa metamorfosis en el sencillo y tímido Flor-de-Mayo; habia recobrado el despejo del doncel de la

ciudad de Blois, y estaba convertido en un paje orgulloso y osado, en un emprendedor de diez y ocho años que no teme nada absolutamente y que está resuelto á conquistar el mundo seguro de alcanzar la victoria.

—Por Dios! se juró á sí mismo con la jactancia de un capitán de lansquenets, que la volveré á ver aun cuando haya de escalar su balcón, y me amaré aunque por ello haya de tomar solo una ciudad por asalto.

En estas bellas disposiciones se reunió con Amapola.

El honrado escudero estaba filosófica y melancólicamente sentado á la puerta de la posada, fumando en una enorme pipa flamenca, segun estilo de la soldadesca que habia contraido esta costumbre en las guerras de los Pasies-Bajos. Al ver á Flor-de-Mayo, corrió á su encuentro y le estrechó con efusion ambas manos.

—¡Ah! mi querido amo, murmuró, ahora que estamos solos permitidme que os felicite por la magnífica estocada que habeis dado.

—¿Cuál? preguntó Flor-de-Mayo con adorable fatuidad.

—¿Cómo, cuál?

—Sin duda, he dado dos.

—¡Dos! exclamó Amapola.

—Y hasta tres, concluyó Flor-de-Mayo mostrando con soberbia sangre fria algunas gotas de sangre que manchaban aun su jubon.

—Os habeis batido, y sin estar yo con vos!

—A femia! prosiguió Flor-de-Mayo; mi difunto padre, que habia sido capitán, y que era todo un hombre, pretendia que hasta que se ha matado un hombre en desafio se es un bobalicon.

—Y... hizo Amapola con ansiedad.

—Habia herido al caballero, pero esto era insuficiente, pues todavía podia considerarme como tres cuartas partes de un bobalicon, y he querido ser un hombre.

—Pero en fin... ¿qué habeis hecho?

—He matado, de un magnífico golpe de cuarta, á un antiguo capitán de aventureros, que me cerraba el paso y se atrevió á insolentarse con un paje del rey.

—¿Su nombre?

—Espera... se llamaba Aventurino.

—¡Bueno! ya le conocia.

—¡Ah! Dios mio... ¿era tal vez amigo tuyo?

—¡Pseh! hace diez años que no le he visto... entonces era un solemne tunante.

—Pero, prosiguió Amapola que juzgaba esta oracion fúnebre mas que suficiente para el tal Aventurino, ¿cómo ha sido eso?

Flor-de-Mayo le contó sucintamente todo lo que le habia acontecido, y luego, como todos los enamorados necesitan un confidente, pintó con entusiasmo su naciente llama por la canonesa.

Amapola le escuchó gravemente, despues de lo cual, arrojando el viejo soldado dos enormes bocanadas de humo que salieron en espirales, dijo con triste sonrisa:

—Recapitulemos un poco: á las diez de la mañana penetrais contra viento y marea en la estancia de monseñor el cardenal, á medio día dais la primera estocada, á las dos admirais una mujer, á las cinco habeis adquirido un amigo, á las ocho matais á un hombre, y á las nueve estais perdidamente enamorado. Aunque el diablo hubiese andado en ello, no hubiera arreglado mejor la distribucion del día.

—¿Y bien? preguntó Flor-de-Mayo.

—¡Y bien! señor hidalgo, concluyó Amapola, encuentro que os habeis estrenado á las mil maravillas en el terreno de la corte y de las aventuras, y si esto continúa, en dos años habeis muerto ó sereis mariscal de Francia; un marido celoso os habrá hecho asesinar ó todas las duquesas del palacio real se morirán de amor por vos.

—Me gusta la profecia, murmuró encantado Flor-de-Mayo.

—Pero mientras tanto, continuó Amapola, es preciso no olvidar, señor paje del rey, que Su Majestad os aguarda en el palacio real á eso de las diez, y que ya no faltan mas que diez minutos para la hora. Por lo demás, ya sabeis que el rey no sabe esperar.

—Es verdad, dijo Flor-de-Mayo; vamos al palacio real.

Y abrochándose la capa, inclinó con aire fanfarron su fieltro sobre la oreja izquierda, y tomó el camino del palacio real que solo distaba dos pasos de la calle del Arbol Seco.

En aquella época tenia el regio edificio un portillo especial para los nobles que estaban de servicio, y que se abria en la misma calle que mas tarde debia llamarse de Valois.

Por este portillo se presentó Flor-de-Mayo

guiado por la vieja experiencia de Amapola.

—¿A dónde vais? preguntóle un guardia de corps.

—A ver al rey, contestó Flor-de-Mayo sin pestañear.

—El rey no recibe á nadie á esta hora.

—Excepto á sus pajes.

—¿Sois paje del rey?

—Sí, camarada.

—¿Vuestro nombre?

—El caballero de Chastenay.

—No conozco ningun paje de este nombre.

—Es muy posible, pues hasta esta noche no tomo posesion de mi destino.

Y Flor-de-Mayo, pasando por delante del estupefacto guardia, subió la escalera seguido siempre de Amapola, y llegado al primer piso, en donde se encontraban las antecámaras del rey, hizo preguntar á un ujier de servicio por M. Laporte, primer ayuda de cámara.

M. Laporte apareció en seguida.

—Caballero, dijo Flor-de-Mayo que habia ya adquirido todo el despejo que requeria su empleo, S. M. ha tenido á bien admitirme hoy en calidad de paje; soy el caballero de Chastenay.

—Muy bien, caballero, contestó M. Laporte. S. M. me ha dado la orden de introducirnos en su gabinete tan pronto como os presentaseis. Seguidme.

Flor-de-Mayo hizo seña á Amapola de que le aguardase y siguió á M. Laporte. Este le condujo por un corredor secreto, empujó una puerta que le vino delante y acercándose al oido del jóven le dijo:

—Aguardad á que S. M. note vuestra presencia.

(Se continuará.)



Duerme en paz, hermano

tenia unos veinte y cinco años y estaba embarazada de algunos meses. La desventurada jóven lloraba y suplicaba al mercader que la dejase en libertad, prometiéndole que al dia siguiente le enviaria el dinero que le exigia.

Hinckley consintió al fin en que se marchára, dándole un plazo de veinte y cuatro horas para pagarle veinte pesos, que era la cantidad á que, segun su cálculo, ascendian las pérdidas del mes, y amenazándola con ir á dar queja á M. D... si no le entregaba toda la suma en el plazo que le concedia.

Elsie salió de la tienda, y una hora despues entró en la taberna su marido, esclavo tambien de M. D.... Era un hombron de unos treinta años, de seis piés ingleses de estatura, con un cuello de toro, una enorme cabeza, la espalda algo arqueada y dotado de una fuerza prodigiosa. Respetábanle por el mejor peleador de la plantacion, aunque su edad que pro...

RECUERDOS DE ULTRAMAR.

BRAZO-CORTADO

POR A. GARREAU

En 1836 existia á... de San Juan... nicacion... la...

mente, ni se emborracha ni es holgazán; pues bien, os daré los otros diez pesos antes de un mes.

—Déjame en paz; yo no me compadezco de los negros que me roban.

—Pues acordaos de lo que os digo, señor Hinclay: si el amo pega á Elsie por vos, tal vez os arrepintais algún día.

—¿Qué es eso, pícaro? ¿me amenazas?

—¿Queréis los diez pesos?

—¡Nó!

—¿Vais á acusar á Elsie?

—Sí por cierto.

—Hacedlo pues, señor Hinclay, si sois capaz, y que Dios os lo tenga en cuenta.

Jim salió con ademán tranquilo, pero sus miembros temblaban y sus ojos estaban inyectados de sangre.

Los veinte pesos no llegaron el día siguiente al mostrador del irlandés. Jim no había mentido; todo su capital se reducía á diez pesos.

M. Hinclay cumplió su amenaza yendo á quejarse á M. D.... de los repetidos robos de que era víctima, y acusó de todos ellos á la negra Elsie, á quien había sorprendido el día anterior quitándole una rastra de higos de plátano.

El amo mandó llamar á la acusada que bajó la cabeza sin atreverse á defenderse.

—Bien! dijo el plantador. Esperad, señor... y vereis como castigo á mis esclavos

... como dicho, estaba embarazada

... le pidió miramientos

... hicieron un horrible desgracia

... su

casa, y cuando Elcie llegó había desaparecido ya su delirio, despertándose al mismo tiempo en ella el instinto de la conservación. Se paró pues, y vió de reojo que su amo la seguía con las pistolas en la mano. Un estremecimiento glacial circuló por todo el cuerpo de la negra, recordó en un instante las crueldades que reprochaban al plantador, y se pasó las manos por los ojos como para alejar una espantosa pesadilla.

—¿Qué haces? dijo M. D.... que llegaba en aquel instante.

La esclava no respondió, pero lanzó una mirada pavorida hácia el agua verdosa del canal, y volvió el rostro con horror.

—Vamos... pronto! añadió la voz feroz del amo. Me has amenazado con que te arrojarías al agua, y espero.

—¡Perdon! murmuró por fin Elsie postrándose de rodillas en el márgen del canal y alzando hácia el plantador sus manos suplicantes.

—Ya estoy cansado de tan necias amenazas, y quiero que se sepa que no me intimidan. ¡Ea... al agua!

El plantador se acercó y tocó la frente de la negra con la boca de la pistola. El contacto helado del acero hizo dar un salto á Elsie, y levantándose rápidamente se halló cara á cara con su amo. La fisonomía de este era tan sombría y feroz que la pobre mujer dió un paso atrás, y M. D... dió igualmente un paso adelante apuntando con la pistola. La esclava retrocedió otro paso, pero, como se hallaba en el extremo del márgen, le faltó el pié y cayó en el canal lanzando un grito desgarrador.

La negra desapareció en aquella agua fangosa, mas sus esfuerzos la elevaron otra vez á la superficie, y con la energía de la desesperación trató de asirse de las yerbas de la orilla. El amo apoyó el pié sobre su cañal, y Elsie la volvieron á la orilla. El amo la rechazó

dar, á pesar de su valor, empezó á temer por su vida. Si Jim se había vengado tan cruelmente de Hinclay, ¿qué no había de esperar en efecto el verdugo de la desgraciada Elsie?

M. D.... volvió apresuradamente á su casa, llenándose de inquietud al mas débil rumor y lanzando á todas partes miradas de temor y de angustia. Al entrar en su aposento, cerró la puerta y las ventanas, cosa que no solía hacer, despues de examinarlo por todos lados, y en el instante que iba á acostarse, quedó repentinamente pálido y temblando y se paró como petrificado: sus ojos se fijaron con terror en una de las columnas de la cabecera de su cama. Vió clavado allí con un puñal el pañuelo que Elsie llevaba en la cabeza el día de su muerte. No debía hacerse pues la menor ilusión; era una amenaza de muerte dirigida al plantador.

El día siguiente todos los habitantes de las cercanías fueron invitados á una partida de caza para hallar al negro cimarrón, y mas de cincuenta cazadores armados de piés á cabeza y seguidos de numerosas traillas adiestradas en perseguir los negros, recorrieron el país en un circuito de mas de veinte millas; mas no lograron dar con las huellas de Jim.

Se dió parte á las autoridades de Nueva Orleans y de todas las parroquias de las cercanías de que se había fugado un negro culpable de asesinato y de incendio; se publicó su filiación, y se prometieron 250 pesos de gratificación al que prendiera ó descubriera al criminal.

Todo fué inútil, y pasaron tres meses sin que se oyera hablar mas de Jim.

Sin embargo, M. D... no se dormía en engañosa seguridad, porque no ignoraba que un negro rebelde es capaz de todo, y que el temor de los mas espantosos suplicios no sería obstáculo para llevar á cabo la venganza que se había propuesto. Así, pues, el plantador estaba alerta de día y de noche.

Una tarde, en el momento que volvía de pasar su visita acostumbrada al campo de los esclavos, un niño mulato le paró y le dijo:

—Mi amo, he visto á Jim.

—¿A Jim? dijo M. D... llevándose en seguida la mano á los bolsillos.

—Sí, acabo de verle... se arrastraba por entre las cañas como una serpiente. Yo estaba

... detrás de un árbol y no me ha visto.

... M. D.... llevándose consigo al

... que no pudiera hablar con nadie.

... llamó al capataz á quien dió

... rrecciones. Este volvió al cam-

... sin afectación á su tarea

... cuando toda la casa que-

... se dirigió cautelosa-

... titación, donde le es-

... tres esclavos de

... que

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

cia mucho tiempo le privaba del reposo... Serás ahorcado, asesino! Pronto! añadió dirigiéndose al capataz, un carro y dos caballos; no quiero tener un solo instante en mi casa á este malvado.

En efecto, encadenaron á Jim, lo arrojaron dentro de un carro y fué conducido bajo la escolta de M. D... y de sus dos negros de confianza á Nueva Orleans, á donde llegó al despuntar el día.

El *recorder*, magistrado encargado de instruir los procesos criminales, mandó que llevasen á Jim al hospital de San Luis, despues de haber consultado con un médico, pues habian hallado al negro desmayado en el carro que lo conducía, y el médico declaraba que su estado era de gravedad y que sería necesaria una amputacion inmediata.

—Haced lo que podais para curarle, le dijo el *recorder*, es un gran criminal, y necesitamos un ejemplar terrible y saludable.

Aquella misma tarde el marido de Elsie se hallaba acostado en un aposento particular del hospital. Le habian amputado el brazo, tenia los piés encadenados, y el extremo de la cadena estaba sujeta á una anilla clavada en la pared: además dos enfermeros vigilaban en la puerta del cuarto, y cada hora se relevaba el dependiente de policía que hacia centinela en la puerta exterior del hospital.

Todas estas precauciones parecían inútiles, pues el enfermo apenas podía abrir los ojos. No habia exhalado una queja ni aun durante la amputacion, y sin embargo el médico decia que tenia una fiebre violenta y los dos enfermeros encargados de vigilarle decian que sucumbiría antes del siguiente día.

¿Qué sucedió aquella noche? ¿cuáles fueron los pormenores de la lucha sobrehumana que tuvo que sostener el negro? Se ignora. El día siguiente no se hablaba en toda la ciudad mas que de la fuga portentosa de Jim. Contábase que el negro, en las altas horas de la noche, despues de haber roto sus cadenas, de las que se habia servido para matar á los dos enfermeros, habia desquiciado las puertas y habia salido del hospital enteramente desnudo, derribando al dependiente de policía que se salvó de la muerte porque acudieron algunas personas al oír sus gritos pidiendo auxilio. Por donde habia pasado se veian aun sus huellas sangrientas que podian seguirse fácilmente hasta el canal Carondelet.

El hecho parecia desde luego increíble, pero desgraciadamente era indudable.

Cuando M. D... supo la evasión de su negro, exclamó: *estoy en peligro si no huyo.*

—¡Oh! mi vida está en peligro si no huyo. Y una hora despues el plantador salió de su hacienda sin decir á nadie por prudencia á donde se retiraba.

Inmediatamente se dió principio á las mas activas pesquisas contra el marido de Elsie, á quien llamaban *Brazo-cortado*, y toda la policía se puso en movimiento.

Reunióse un gran número de cazadores que hicieron batidas generales por los bosques cercanos de la ciudad, y habiendo trascurrido dos meses sin hallarse la menor huella del fugitivo, se llegó á sospechar que habia sucumbido en des poblado, careciendo de los cuidados que exigía su herida, ó que habia sido pasto de los cocodrilos.

No duró mucho tiempo este error, y pronto no pasó un solo día sin que se oyese hablar de *Brazo-cortado*. El audaz negro llegaba durante la noche hasta los arrabales de la ciudad, forzando y saqueando los almacenes, especialmente aquellos en que podia hallar whiskey, pólvora y plomo.

Los cazadores mas decididos no se atrevieron ya á internarse en los bosques á no ser en gran número, pues los imprudentes que se arriesgaban á hacerlo sin compañeros volvian sin escopeta y sin municiones, á veces desnudos, y en mas de un caso no volvian: eran sin duda los que habian tratado de resistirse y que pagaban con la vida su intempestivo arrojo.

Cuando un cazador desaparecia no se averiguaba quién era el autor del crimen; todos nombraban en voz baja al terrible *Brazo-cortado*.

Pronto se contaron mas de cuarenta vícti-

mas del negro cimarron. Se creyó en un principio que se atraeria otros esclavos y formaria una cuadrilla de bandidos, pero no se realizó este temor. Jim odiaba á todo el linaje humano, y no queria á su lado ningun sér, ya fuese hombre ó mujer, ya blanco ó negro, trataba como enemigos á cuantos encontraba, y su nombre fué al cabo de algunos meses el terror de la comarca.

Se interesaron en su captura los magistrados de Nueva Orleans y prometieron seis mil pesos de gratificacion al que presentara á *Brazo-cortado* muerto ó vivo.

Todos los periódicos del Estado publicaron tan atractiva promesa y se anunció con grandes carteles que se fijaron en los sitios mas frecuentados. Esperábase con impaciencia el resultado de esta oferta.

Algunos dias despues, un mejicano subia por el rio con una barca cargada de caza, y al llegar en frente de la calle de Santana, en el muelle de Ferry, ató su embarcacion á una de las estacas donde otros barcos semejantes, cargados de frutos, se mecian sobre las ondas.

—¡Hola! ¿ya te tenemos por acá, Bermudez? le dijo el patron de una de las barcas inmediatas. Veo que has renunciado por fin al comercio de frutos.

—Sí, dijo Bermudez; pronto va á terminarse el verano, y estoy resuelto á ser el sucesor del pobre Juan Lopez.

—¿Cómo no seas mas afortunado!... ¿Sabes ya que le han asesinado?

—¿Cómo no he de saberlo? El vapor *Union* le encontró en la Vuelta de los Ingleses, tendido en la barca con un balazo en la cabeza. Sé muy bien los sitios á donde iba á buscar la caza, me he presentado á los que cazaban por su cuenta, me he arreglado con ellos, y este es mi segundo viaje.

—¡Ea, pues; buena suerte!

—¡Gracias!

Bermudez desembarcó toda la caza, arregló sus cuentas con los ocho ó diez tratantes que se la compraban, y se fué al café del Guavo, donde pidió una mezcla extraña de diez licores distintos, de *biter*, de *perpermen*, es decir, de todos los mas amargos, mas fuertes y mas cáusticos, una de esas bebidas que solo tienen nombre y existen en la Luisiana porque únicamente allí hay gargantas capaces de aguantar el fuego que comunican. Y sin embargo, á la tal bebida dan el nombre de refresco.

Cuando Bermudez se refrescó con un vaso de tan corrosiva mezcla, se dirigió á una droguería inmediata donde compró un pequeño barril de pólvora, varias cajas de pistones, sacos de plomo, uno de ellos de balas, y lo llevó todo á su barca, donde se acostó en un escondrijo arreglado en uno de los extremos.

Y como buen mejicano se tendió sobre una manta y durmió la siesta durante dos horas. Al despertarse, como no habia de emprender su viaje hasta la mañana siguiente, y su bolsillo estaba satisfactoriamente provisto, se propuso ir á dar un paseo por la ciudad.

Al pasar por delante de la plaza de armas sus ojos se fijaron involuntariamente en un enorme cartel donde se leia en letras colosales:

6,000 pesos de gratificacion!

Bermudez iba á continuar su camino sin que le deslumbrase tan magnífica gratificacion, figurándose que el hallazgo consistiria en alguna cartera de gran valor perdida por un *nabá* del país, y como no habia hallado él ninguna, iba á continuar su camino, como decíamos, cuando su mirada distinguió algunas líneas mas abajo el nombre de *Brazo-cortado*. El mejicano se paró, se restregó los ojos y se acercó al anuncio. No se engañaba, aquel cartel tenia al pié las firmas del alcalde y del gobernador.

Bermudez volvió á leer diez veces desde la primera hasta la última letra el anuncio oficial; su morena tez palideció de ansiedad, profundas arrugas surcaron su frente y su boca se contrajo con un gesto inexplicable.

En vez de continuar su paseo por la ciudad, volvió á la barca abismado en honda meditacion; abrió el escondrijo donde habia puesto las provisiones, y sacó un viejo fusil de municion que examinó largo rato. Despues de este exámen, tomó su bolsa, vació el dinero que

contenia en un pañuelo de bolsillo tendido sobre sus rodillas, contó su tesoro que ascendia á treinta y tantos pesos, y lo volvió á poner en la bolsa.

—¡Hay bastante! murmuró levantándose.

Tomó el fusil, se dirigió con rapidez hacia la calle de Chartres, y se paró en la primera tienda de armero que encontró.

Cuando salió apenas tenia una docena de pesos en su bolsa, pero habia cambiado su fusil viejo de municion por una excelente escopeta de caza.

La barca de Bermudez no estaba amarrada ya en el muelle de Ferry el día siguiente al rayar el alba, pues bajaba rápidamente por la corriente del rio, impelida por una buena brisa de nordeste que hinchaba su cuadrada vela.

Al mediodía recogió la vela y entró en uno de esos rios tan numerosos que cruzan los bosques y van á desaguar en el *Meschacebé*. Solo podia adelantarse entonces á fuerza de remos. Principiaba el mes de noviembre, pero aunque no era excesivo el calor, el sudor bañaba el rostro del mejicano.

Solo faltaba una hora de sol cuando cesó de remar. El bosque era tan espeso en aquel sitio, las enredaderas se abalanzaban con tal vigor en torno de los arrugados troncos de los árboles, y el musgo, llamado *barba española*, colgaba con color tan negro y en tanta abundancia del extremo de las ramas, que el ojo mas ejercitado no podia penetrar á mas de diez pasos al través de aquella vegetacion vigorosa y salvaje.

Bermudez sacó de su barca una bocina y tocó dos veces produciendo un prolongado sonido.

—¡Aquí estoy! dijo casi al mismo tiempo una voz breve detrás del mejicano.

Bermudez se volvió con terror, y vió cerca de él en la orilla del rio y apoyado en el tronco de un árbol un negro de colosal estatura. Era Jim, que con su único brazo sostenia un fusil cuya culata descansaba en uno de sus piés, y miraba con desconfianza á Bermudez, que no estaba muy tranquilo bajo la fascinacion de tan penetrante mirada.

—¿Qué me traéis? preguntó el negro.

—Pólvora, pistones, plomo, balas y whiskey, respondió el mejicano.

—Bien; dejadlo todo aquí.

Bermudez sacó las provisiones y las puso en la orilla sin atreverse á mirar á *Brazo cortado*, que seguia mirándole fijamente.

—¡Ya podeis volveros! dijo el negro al mejicano cuando acabó de descargar la barca. Venid mañana, y encontrareis aquí mucha caza.

Bermudez volvió á empuñar los remos sin responder una palabra y bajó por el rio hasta llegar al *Meschacebé*. Ató entonces la barca á un árbol y se tendió para dormir, pero cruzaban por su mente los pensamientos como las nubes impelidas por el huracan y el sueño huía de sus párpados.

A media noche desató la barca y volvió á subir lentamente por el rio hasta el sitio donde habia encontrado á Jim. Se paró, saltó sin hacer ruido á la orilla, y empezó á andar de árbol en árbol lanzando miradas curiosas en todas direcciones.

Pero repentinamente cayó una pesada mano sobre sus hombros que le hizo doblar las rodillas. Bermudez se creyó perdido.

—¡Hola! le dijo Jim con una voz que le hizo estremecer; ¡muy curioso es el señor Bermudez! Ganabais mucho dinero conmigo, y hacéis como el lobo; andais de noche para hallar la cabaña de Jim... Pues bien, vais á morir! No sabeis aun quien soy.

—Yo no trataba de averiguar donde os retirais, mi buen Jim, podeis creerme.

—Mentís, pero os dejo la vida.... Permaneced en la barca hasta mañana y dormid sin temor.

Contento estaba el mejicano de haber salido tan bien librado de aquel percalce. Se retiró pues á su barca sin desplegar los labios, se tendió sobre la manta, sin atreverse á hacer el menor movimiento, y por último se durmió.

Cuando se despertó era ya de día; se levantó y vió en la orilla una gran cantidad de animales silvestres, cercetas, ardillas, conejos y tres

comenta en un parloteo de bolsillo...
que sus volutas...
y lo volvió a poner...
esta manera...
dentro de un carro...
cola de M. D...
quitar el día...
El rey...
trifla los procesos...
ya en el fin...
de haber consultado...
bien hablando...
que lo conducía...
su estado era de...
ra una...
—Hicist...
el rey...
no es un...
Avellana...
había...
hospital...
los pies...
dorm...
la parte...
el...
en la...
Todas...
que el...
No había...
la...
que tenía...
nuevos...
compr...
—Qu...
los...
llo que...
siguiente...
que de la...



Dos veces su verdugo la rechazó hacia el abismo. (Pág. 198, col. 2).

corzos que el negro había depositado mientras dormía.
Ocupóse primero en trasladar la caza á la barca, pero mientras iba y venia desde la orilla á la barca miraba con disimulo hácia el bosque. Advirtió cerca de la caza las pisadas de *Brazo-cortado*, quien había hecho sin duda varios viajes para llevar á la orilla todo lo que el mejicano acababa de trasladar á su embarcacion.
Bermudez hizo esta reflexion, y cuando acabó su trabajo, se sentó un instante en la orilla, con los ojos fijos en las huellas de Jim. Su incertidumbre era horrible, pero se levantó por fin, abrió el escondrijo de su barca, sacó la escopeta y saltó á la orilla diciendo:
—¡Seis mil pesos bien valen la pena de esponer la vida!
Se aseguró de que el largo cuchillo, su fiel compañero, estaba en su vaina entre su camisa, y despues se deslizó arrastrándose siguiendo las huellas del negro, parándose á cada instante para escuchar y examinar en torno suyo. Durante media hora fué andando con las manos y las rodillas, y oyó por fin un ronquido sonoro. No podía equivocarse, era el negro que dormía.
El ruido salía de un paraje donde las enredaderas eran menos espesas y los árboles mas pequeños formando un claro tapizado de musgo verde. En medio de aquel recinto una magnolia alzaba con majestad su copa verde que contrastaba armoniosamente con el fondo parduzco y negro del musgo cayendo en anchas bandas de los árboles inmediatos.
Allí estaba acostado el negro Jim, con el fusil cruzado sobre el pecho, y su mano no había soltado ni aun durante el sueño la culata de su arma terrible.
Bermudez llegó arrastrando hasta aquel sitio; su corazon latia con violencia, sus labios se estremecian con un movimiento convulsivo y su rostro estaba lívido como el de un cadáver. Cuando llegó cerca del marido de Elsie, se levantó, tomó la escopeta con mano trémula, apoyó la boca del cañon sobre la frente del negro y apretó la llave. El gatillo cayó produciendo un ruido seco: al arrastrar el fusil en su camino por entre las malezas, se había caido el piston.
Jim se despertó con el ruido y se levantó de

un salto como impelido por un resorte mágico.
Bermudez, aunque desconcertado momentáneamente, volvió en sí á la vista del peligro. Acostumbrado á manejar su fusil de municion se había olvidado que su nueva arma era de dos tiros. Al ver que el negro se levantaba terrible y amenazador, recobró su presencia de ánimo, y teniendo el cañon de la escopeta sobre el pecho de *Brazo-cortado*, disparó y salió el tiro. Jim exhaló un ronco grito, abrió desmesuradamente los ojos, dejó caer el arma del brazo, y cayó de bruces vomitando un chorro de sangre.
El mejicano estaba asombrado de su propia osadía, y contempló á aquel hombre terrible que había hecho temblar á todo el mundo.
El siguiente día Bermudez se presentó al gobernador de Luisiana con una cabeza ensangrentada en el pañuelo á reclamar los seis mil pesos prometidos, es decir, una fortuna á la que no podía aspirar y para cuyo logro había consentido en ser un cobarde asesino, seis mil pesos por los cuales había vendido su brazo á los hombres y su alma al infierno.
Se negaron, no sé con qué pretexto, á pagarle la cantidad prometida, y le contentaron con seiscientos pesos! Se aprovecharon de su traicion, pero como ya no debian temer á *Brazo-cortado*, erian que era exagerado el precio que había dado al negro el terror general.
No juzgamos el hecho, lo contamos.
Luego que se divulgó la muerte de *Brazo-cortado*, M. D... volvió á su hacienda, pero no fué por eso en lo sucesivo mas humano con sus desgraciados negros.

FÓRMULAS.

Modo de conservar los huevos frescos.

Para esto es necesario que los huevos sean recientes; se ponen en agua fresca, de modo que esta los cubra enteramente, y se tendrá cuidado de mudar el agua todos los dias. Metiéndolos en agua hirviendo, se dejan en ella por dos ó tres minutos; de este modo la clara forma una especie de membrana que cubre el interior, y lo hace impenetrable al aire.
En las Indias orientales los conservan untándolos con una pasta hecha de tierra grasa, de cenizas co-

munes y sal; los ponen en el horno ó en el rescoldo, en donde los dejan el tiempo necesario para cocerlos; y así se conservan de tal modo, despues de esta operacion, que las naves europeas hacen de esta suerte las provisiones para sus viajes.

Modo de destruir las hormigas.

Se deslie hollin de chimenea en un vaso de aceite de cañamones, se aplica, con elayuda de una brocha, de lo alto á bajo de los árboles que se observan acometidos de hormigas. Lo mismo puede ejecutarse con los arbustos y aun plantas de tallo persistente ó solo consistente. Este mismo medio aplicado por lo exterior en las colmenas, aleja de ellas las hormigas, á caso mejor que otros muchos remedios que se han propuesto.

Tinta de que se sirven los ingleses en sustitucion de la de China.

Se toman 6 onzas de cola de pescado que se hacen disolver en caliente en 12 onzas de agua de rio. Se toma despues 1 onza de extracto de regaliza, que se hará disolver tambien en el doble de su peso de agua y se deslie en él 1 onza de negro de marfil del mejor que se encuentre; se añade esta mezcla á la cola, cuando esté caliente, y se menearán todos estos ingredientes con una espátula; hasta que se hayan incorporado bien. Luego se hace evaporar toda el agua en el baño de maría, y lo que queda de esta composicion se echa en moldes de plomo de la figura que se quiere, bien engrasados. El negro de esta composicion es tan bueno como el de la tinta de China. El negro puede modificarse usando negro de humo del mejor en vez de negro de marfil.

Pomada roja para los labios, ó sea tópicó labial de Mr. R. S.

Tómense 60 gramos de flor de cera, 125 gramos aceite de almendras dulces, 8 gramos de orcanete en pedacitos menudos, y pónganse en infusion en el baño de maría por espacio de dos horas; en seguida se pasa por un lienzo que se escurre bien; se deja enfriar; y se le añade esencia de rosas 12 gotas, y dos gotas alcoholato de almizcle. Este compuesto tiene que guardarse en vasos bien cerrados. Si el olor del almizcle incomoda, se puede cambiar por 4 gotas de tintura de beajui ó suprimirlo.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable. Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.